

# FOMENTAR LAS IDENTIDADES: RELACIONES DE MÉXICO CON SU DIÁSPORA

CARLOS GONZÁLEZ G.

*Fostering Identities: Mexico's Relations with Its Diaspora.* The Journal of American History. .Volume 86,  
No. 2 September 1999

---

Translate Draft Felipe Reyes Romo

## Introducción

Según la oficina de censo de Estados Unidos, aproximadamente 19 millones de personas de en los Estados Unidos se identifican a sí mismos como de origen mexicano. La mayor parte son los ciudadanos americanos cuyos antepasados vinieron del vecino país del sur. Más de la mitad (7.01 millones de 1997) son inmigrantes de primera generación que nacieron en México. Las personas del origen mexicano que viven permanentemente en los Estados Unidos pueden ser consideradas los miembros de una diáspora moderna, en que constituyen “un grupo étnico minoritario de origen migratorio que mantiene vínculos sentimentales o materiales con su tierra de origen.”<sup>1</sup> Por lo menos desde los años 70, el gobierno de México ha intentado cultivar y ampliar relaciones de largo plazo con la diáspora mexicana en los Estados Unidos. En 1990, estos esfuerzos se materializaron con la creación del Programa para las Comunidades Mexicanas en el Exterior, una oficina establecida en la Secretaría de Relaciones Exteriores para coordinar los esfuerzos de diversas agencias estatales y estrechar vínculos con la gente de ascendencia mexicana que vive en el exterior. Sus encomiendas principales son aumentar conocimiento entre mexicanos diseminados alrededor del mundo, que la “nación mexicana se extiende más allá del territorio contenido por sus fronteras” y poner en marcha proyectos internacionales de cooperación ofrecidos por México en beneficio de su diáspora, principalmente del 98.5 % de la población migrada que se encuentra en los Estados Unidos.<sup>2</sup>

Hoy en día, la cooperación de México con las poblaciones de origen mexicano que viven al Norte de la frontera, consiste en una amplia gama de proyectos administrados a través de la red de los 42 Consulados en los Estados Unidos. Muchos apoyan y promueven la enseñanza convencional para la gente de la diáspora. Cada verano, por ejemplo, el gobierno mexicano envía a aproximadamente 250 profesores mexicanos para ayudar en las escuelas de Estados Unidos que tienen un déficit de profesores bilingües; dona casi trescientos mil libros en español a las escuelas primarias y a las bibliotecas públicas a través del país; ofrece cursos de

aprendizaje en los Estados Unidos para los centenares de profesores bilingües; programas de instrucción y ayudas (con materiales y asistencia técnica) para aproximadamente cinco mil inmigrantes adultos en los Estados Unidos, que no saben leer y escribir en español o que desean acabar su educación elemental; y campañas de los patrocinadores para promover la inscripción de niños repatriados en escuelas mexicanas. Organización comunitaria para ayudar en algunos proyectos. El gobierno mexicano, a través de la red consular, patrocina visitas de las delegaciones mexico-americanas a México; concierta reuniones entre los líderes de clubes inmigrantes, las organizaciones y las autoridades en sus estados y las regiones del origen, en México y en los Estados Unidos; organiza torneos del fútbol en los niveles locales, regionales, y nacionales en los Estados Unidos, para ayudar a establecer la identidad de comunidades y líderes; e promueve encuentros juveniles en México para la gente mexico-americano que ya nació en los Estados Unidos. Para fomentar buena salud, el gobierno produce materiales y conduce campañas preventivas de salud; promueve intercambios de profesionales de la salud entre las comunidades de origen en México y las regiones de recepción en los Estados Unidos; y ofrece entrenamiento para los profesionales de la salud en cuestiones idiosincrásicas que afectan a inmigrantes. Para promover la cultura, los cónsules organizan actividades para fomentar orgullo de la “Mexicanidad” en las comunidades, por ejemplo folklore y exposiciones de arte popular, campañas de información referentes días de fiesta y celebraciones cívicas mexicanos, así como competencias artísticas para niños. 3

Hay varias razones para explicar el deseo del gobierno mexicano en cultivar una relación cercana y de largo plazo con la gente de ascendencia mexicana que vive en los Estados Unidos, puesto que constituye un mercado extraordinario para las exportaciones de productos mexicanos y es una fuente importante de moneda extranjera con las remesas que los trabajadores migratorios envían a sus familias. Además el gobierno mexicano necesita consolidar su comunicación con las comunidades mexico-americano para defender de mejor forma los derechos humanos de sus nacionales en el exterior. El gobierno reconoce a mexico-americanos como un grupo étnico cuya influencia crece ante los procesos toma de decisiones norteamericanas (en asuntos de política doméstica y extranjera). Aunque los líderes mexico-americanos y las organizaciones todavía no tienen la presencia económica o política de otras minorías étnicas, para el gobierno mexicano está claro que se debe tomar total ventaja de las dimensiones de la comunidad y la inclinación natural del sistema político americano de animar la participación política de las expresiones étnicas.

La diversificación de contactos entre las sociedades civiles de los dos países, la proliferación de los grupos de interés que intentan influenciar la política en ambos países, la presión de la opinión pública mexicana (una consecuencia natural del crecimiento de flujos migratorios y de una mayor supervisión por los medios nacionales del funcionamiento de los consulados), la internacionalización de la competencia entre los partidos políticos mexicanos y la necesidad de hacer frente a problemas sociales binacionales en ambos extremos de los circuitos migratorios, constituye razones adicionales de las acciones del gobierno hacia las comunidades en el extranjero.<sup>4</sup> El crecimiento explosivo de la emigración mexicana desde el principio de los años 70 (de 6.2 millones de inmigrantes mexicanos que vivían en los Estados Unidos en 1994, 59 por ciento habían llegado durante los quince años anteriores), así como la regularización del estado de inmigración de más de 2 millones de mexicanos bajo la Ley Simpson-Rodino de

1986, ha facilitado grandemente los esfuerzos de México para reforzar lazos con los mexicanos en los Estados Unidos.<sup>5</sup> El crecimiento rápido de la porción de diáspora formada por los inmigrantes mexicanos (en comparación con la formada por americanos de ascendencia mexicana) ha fomentado el *acercamiento*, puesto que los inmigrantes de primera generación (la mayoría de los cuales experimentaron su socialización en México), están predispuestos mirar a su país de origen para ayuda y dirigir sus vidas diarias.

¿Pero qué va a suceder al largo plazo? Aunque los flujos migratorios de México se mantienen en el mismo nivel de intensidad, la parte de la diáspora formada por americanos de ascendencia mexicana tenderán a aumentar, puesto que los niños de inmigrantes de hoy serán americanos por nacimiento, los mexico-americanos de segunda generación que experimentarán niñez y la socialización en país adoptivo de sus padres. Para ellos, el compromiso o el sentido de pertenecer a México será necesariamente diferente, por no decir, perceptiblemente más débil que el de la generación precedente. Un indicador de este proceso es una encuesta de 757 niños de inmigrantes mexicanos en el área de San Diego. ¿A la pregunta, “cómo te identificas?”, 47.5 por ciento de la gente joven nacida en México se consideraban “hispanos,” “Chicanos,” o “Latinos,” mientras que 36.2 por ciento se llamaron “mexicano”. En cambio, entre la gente joven del origen mexicano llevada en los Estados Unidos, 49.1 por ciento eligieron una categoría Pan-étnica y apenas 8.1 por ciento se identificaron como Mexicanos.<sup>6</sup> ¿La diáspora mexicana desaparecerá como “desaparecen los vínculos sentimentales y materiales” los inmigrantes de primera generación de ese vínculo con su país de origen? ¿Hay una posibilidad de mantener la sensación diáspórica viva más allá de la primera generación? El propósito de este ensayo es contestar a esta pregunta, desde la perspectiva del gobierno mexicano. ¿Qué puede México, específicamente su gobierno, hacer para mantener viva una identidad como diáspora, los descendientes de inmigrantes mexicanos?

### **Una Diáspora inconsciente**

Cada diáspora es una colectividad transnacional cuyos miembros mantienen una afinidad verdadera o simbólica con su país de origen. Las Diásporas son las comunidades imaginadas cuya identidad y composición está en evolución permanente, reinventadas constantemente como élites étnicas, hordas o fuereños.<sup>7</sup> Desde la perspectiva del gobierno emisor, el mantenimiento de una identidad diáspórica se vincula a la capacidad del estado de promover entre sus emigrantes y sus descendientes un sentido de pertenencia que, aunque no supone la residencia en territorio nacional, sin embargo está enfocada en torno del país o de la cultura de origen. Según Roberto Smith, ya que los estados nacionales son territoriales por definición, es esta carencia de territorialidad (el hecho de que las relaciones entre el estado y la diáspora ocurren en un espacio transnacional fuera del territorio soberano del estado), hace exacto el interés por preguntar cuánto duran los lazos. No es que el estado pierda sus límites o que se desvanece su territorio, sino que intenta “incorporar selectivamente a otros que están fuera de su territorio, a la comunidad política nacional con propósitos específicos y límites específicos”.<sup>8</sup>

México no es excepcional en el esfuerzo de promover la identidad disispórica, aun cuando muestra diferencias importantes en su diáspora, en comparación con las de tipo clásicos o tradicionales tales como la griega, Armenia o judía. En esos casos, el nacimiento de la diáspora precedió por siglos la consolidación del sistema del estado-nación durante el S. XIX. El principio de la diáspora fue marcado por la experiencia traumática de gente que tuvo que huir la tierra prometida o su tierra de origen. Su identidad como diáspora se presentó en respuesta a la coerción con la cual fueron perseguidas y fue definida por una memoria colectiva del desarraigamiento fundacional. Las comunidades de las diásporas judías y armenias, tratan de permanecer en contacto a pesar de su dispersión alrededor del mundo, reconociéndose como miembros de una nación dispersa a través de muchos estados. Esas diásporas utilizan recursos significativos para influenciar y para permanecer en tacto con lo qué sucede en la patria. En un cierto plazo, ambos han desarrollado ideologías para justificar su orientación permanente hacia la tierra de origen. Es ilustrativo citar a un autor armenio: “Soy Armenio-American, pero mi identidad armenia no tiene nada ver con ninguna experiencia verdadera en Armenia. Hasta que visité Armenia en 1994, a la edad de cincuenta, ningún miembro de mi familia había estado allí desde 1598, cuando mis antepasados la dejaron”.<sup>9</sup>

En la diáspora mexicana, no ha habido un desarraigamiento fundacional traumático. La pérdida de más de la mitad del territorio de México durante el S. XIX es esencial para explicar la localización geográfica, la distinción cultural y el mismo origen de las comunidades mexico-americano en los Estados Unidos. Pero la gran mayoría de México-americanos no son, y no se consideran, descendientes de aquellos primeros México-americanos que dejaron de ser parte de otro país como resultado de la guerra de independencia de Texas (1836), la guerra Estados Unidos-Méjico (1847-1848), o el tratado de Mesilla (1853), pero si producto de una migración laboral que ha ocurrido a lo largo del siglo, particularmente los últimos treinta años.<sup>10</sup> En la movilización política de los mexicanos como minoría no se ha presentado un reconocimiento de sí mismos como miembros de una diáspora. Para la mayoría de los ciudadanos de Estados Unidos del origen mexicano, no ha habido el desarraigamiento fundacional, ninguna expulsión forzada de la tierra prometida, ni un conocimiento de una “gente dispersada” precedió a la formación del estado-nación que conocemos hoy como México. Por lo tanto, el trabajo ideológico hecho dentro de la comunidad para mantener una supuesta identidad disispórica es prácticamente inexistente.<sup>11</sup> El sistema político americano ha hecho mucho más para influenciar la movilización política de los México-americanos que hacerles saber que sean parte de una diáspora.

El precedente principal es la legislación de los derechos civiles a mediados de los mediados de los años sesenta, que dieron a los afro-americanos el estatus de una minoría protegida, un estatus que se amplió más adelante a otras minorías.<sup>12</sup> Las identidades pan-étnicas como “hispano” o “Latino” que abarcan a ambos inmigrantes mexicanos y a inmigrantes de otros países de habla hispana, aunque originalmente produjo definiciones exteriores con objeto de discriminar, es visto cada vez más por los inmigrantes mismos y sus descendientes como recurso útil y ventajoso. En los Estados Unidos (como en cualquier país que reconozca a los grupos étnicos como partidos válidos en la contienda política), la organización de la participación política en líneas étnicas tiende para ocurrir a lo largo de esas divisiones étnicas que se reconocen “oficialmente” como bases legítimas de participación. La pertenencia étnica es circunstancial y

estratégicas como categorías sociales y políticas definidas que acentúan una afiliación (por ejemplo, “lo hispano,” una categoría pan-étnica) y cuando los miembros del grupo así que identificado perciben recompensas económicas o políticas (por ejemplo, programas de acción afirmativa) asociadas a la adopción de esa afiliación (en vez de las categorías que refieren a origen nacional tal como “mexicano” o “Chicano”), es altamente probable que haya movilización en la base recompensando la identidad.<sup>13</sup> dado que la pertenencia étnica es una base importante disponible para la organización de grupos, la movilización étnica exitosa tiende para ocurrir cada frecuentemente en lo referente las identidades subnacionales. “En un proceso de selección social, los límites alrededor de afiliaciones más pequeñas se disuelven a favor de las afiliaciones más grandes, explicando la declinación y el crecimiento concurrentes de la pertenencia étnica.” Es decir el sistema tiende para unir a los grupos que son cultural o lingüísticamente diferentes en categorías étnicas en grande tales como “Latinos” o “hispanos,” a expensas de definiciones más estrechas, tales como “mexicano.”<sup>14</sup>

México cultivó hasta muy recientemente el sentido de “gente dispersa” entre sus emigrantes. Después de la guerra 1847, el nacionalismo mexicano, fundado en gran parte en el trauma de la pérdida de la mitad del territorio del país, era defensivo y contra-Americanos. Así, a pesar del éxodo masivo al país al norte, la cultura nacional de México no era muy sensible a la situación de los emigrantes. Algunos autores mexicanos han dicho que México, “por décadas, como país y como gobierno, nos olvidamos de nuestros emigrantes, con la actitud vergonzosa de una madre que abandona a sus niños y no desea saber de ellos.” Esa actitud causó el resentimiento contra México en los niños y los nietos de los emigrantes, que se sentían víctimas no sólo de la discriminación de sociedad anglosajona en los Estados Unidos, sino también del desdén de los compatriotas de sus padres. En vez de promover la imagen del emigrante que va al extranjero a hacer un bien para su familia y la patria, en la cultura nacional mexicana dominaron sensaciones colectivas de culpabilidad por la asimilación o del multiculturalismo, la deslealtad y la traición.<sup>15</sup> El término *pocho* simboliza el desdén hacia los emigrantes. Según el diccionario de Larousse, la palabra pocho tiene un significado de “demasiado maduro, estropeado,” y en México “se aplica a los hispano americanos que imitan a norteamericanos.” En México, a partir de los años 30 hasta por lo menos los años 60, el pocho llegó a ser sinónimo con “mexicano-americano,” aun cuando es un concepto irrespetuoso que atribuye a la gente del origen mexicano el deseo para olvidarse de sus raíces para asimilarse en sociedad americana, acusándole de una actitud de superioridad hacia su país de origen. En las comunidades inmigrantes en los Estados Unidos, el pocho es un sustantivo usado para nombrar el mexicano-americano quién, sin llegar a ser americano, se olvida de su sociedad de origen.<sup>16</sup> Quizás la evidencia más clara del precedente está en cinematografía mexicana. Según David R. Maciel, desde los años '40 la mayoría de las películas mexicanas han representado la experiencia de la emigración a los Estados Unidos negativamente. En las películas, los caracteres mexicano-americano han perdido su identidad en la tentativa de asimilarse en sociedad americana; la única esperanza de la recuperación para ellos es volver a la patria. La posibilidad de permanecer productivo en los Estados Unidos sin simultáneamente perder la cultura del origen es prácticamente inconcebible .<sup>17</sup>

El gobierno mexicano está intentando hoy remediar la actitud desdeñosa que había adoptado tradicionalmente hacia los emigrantes y sus descendientes. A finales de 1996, el Congreso

mexicano aprobó una reforma de la Constitución de modo que la adquisición voluntaria de otra nacionalidad no causara ya la pérdida automática de nacionalidad mexicana. Con la reforma, los legisladores intentaron hacer explícito el derecho de individuos de origen mexicano, de pertenecer a la nación mexicana, a condición de que la parte de sentimientos hacia la nación mexicana no estén opuestos al deseo genuino de la mayoría de ellos de contribuir a la prosperidad de los países en donde viven. Aunque los legisladores intentaron consolidar los lazos que unen a los emigrantes a su país de origen, también intentaron facilitar la su integración como de inmigrantes mexicanos en las sociedades que los reciben. Los legisladores esperaban ayudar a eliminar prácticas discriminatorias contra los migrantes y sus familias. Sin embargo, en México el cambio en actitudes tendrá que ser gradual y necesariamente prolongado. Un indicador de cómo está arraigada profundamente en el temperamento nacional, una carencia de sensibilidad hacia los problemas de los emigrantes, es una encuesta de residentes del área metropolitana de Ciudad de México, realizada en Septiembre de 1997. A la pregunta “cuál es tu opinión del mexicano que va a trabajar en los Estados Unidos?” 47 por ciento de éhos votaron contestado, “malo” o “mismo malo.”<sup>18</sup>

Que todas las razones mencionadas, es difícil encontrar un reconocimiento diaspórico en la actividad política de los líderes mexico-americanos, por lo menos esto es señalado por la prioridad que los líderes mexicanos-americano dan a los intereses de México en sus esfuerzos de influenciar la toma de decisiones políticas en los Estados Unidos. Indiscutiblemente, hay intereses comunes entre la patria y el diáspora, como el rechazo de México por los golpes políticos de los conservadores americanos o el rechazo de las medidas de control migratorio extremas que directa o indirectamente llevan a actitudes xenófobas o discriminatorias hacia la gente de origen mexicano, sin importar su nacionalidad o estado migratorio. Pero en contraste con actitudes de los cubano-americanos con respecto al régimen de Fidel Castro en Cuba o con los judíos americanos, sobre la seguridad de Israel, las actitudes emocionales de los México-americanos hacia su patria desempeñan un papel secundario en sus esfuerzos de influenciar la política de Estados Unidos hacia México: aparecen después de los cálculos racionales basados en intereses de diversos grupos organizados en sus propias comunidades. Según encuestas de opinión pública, los México-americanos tienen una posición ambivalente respecto a una apertura comercial más amplia hacia México y se oponen decididamente a niveles más altos de inmigración indocumentada en los Estados Unidos. Por ejemplo, en los esfuerzos del gobierno mexicano de cabildear a líderes mexico-americano durante las negociaciones que dieron lugar al acuerdo de libre cambio norteamericano (NAFTA), las lealtades de clase y a las consideraciones estratégicas pesaron mucho más que la solidaridad interétnica. Cuando algunos organizaciones clave mexico-americano y miembros hispanos del Congreso definieron sus posiciones, condicionaron su ayuda para el acuerdo, a la satisfacción de demandas domésticas, conectada más con privilegios y/o derechos del grupo, que con la política comercial hacia Mexico.<sup>19</sup>

### **Marginalidad y sentido de la comunidad**

A pesar de los prejuicios expresados en el término pochismo y la carencia de una cultura de la patria que alaba la aventura migratoria, a pesar de la fluidez de las divisiones étnicas en la

sociedad norteamericana que anima identidades pan-étnicas a expensas de las que se basan en el origen nacional, y a pesar de que la mayoría de los México-americanos saben que son producto de una migración laboral más que de un desarraigo fundacional, se puede discutir que las comunidades mexicanas constituyen una diáspora moderna, por lo menos incipiente. Incluso en ausencia de un conocimiento diaspórico completo, los factores que tienen poco que ver con políticas gubernamentales, cultivan un sentido de comunidad con la población de origen Mexicano en los Estados Unidos. La discriminación contra inmigrantes y sus descendientes, su concentración geográfica en el sudoeste de los Estados Unidos, la proximidad de México y la consolidación de redes familiares sobre las cuales se basa la migración (una consolidación que garantiza prácticamente un abastecimiento continuo de nuevos inmigrantes mexicanos) han mantenido en las comunidades, una cultura y una identidad diferentes de las de la mayoría en los Estados Unidos. El paradigma del asimilacionista que presupone la combinación de las diversas identidades nacionales de los inmigrantes, en una nueva nacionalidad americana no corresponde a la experiencia de inmigrantes mexicanos (o de inmigrantes no europeos en general). El mito del tazón mezclador, que en los Estados Unidos ha mantenido la promesa universal de la movilidad y ascenso social, que se basó en el mérito individual en una sociedad sin clases, no puede explicar fácilmente la marginalidad de comunidades mexicanas, pues aún permanecen en el fondo de la pirámide social de Estados Unidos en sus niveles de la educación y de ingreso.<sup>20</sup>

En contraste con los niños de los inmigrantes pobres que vinieron a los Estados Unidos del sur y al este de Europa al comienzo del siglo (y que hicieron frente a una combinación afortunada de factores como una economía expansiva y la escasez de trabajo, debido a la guerra mundial), los niños de inmigrantes mexicanos hacen frente hoy a una economía de servicios internacionalizados, en los cuales el trabajo sindicalizado en industrias fabriles es escaso y en el que la movilidad vertical se niega a los que no tienen el entrenamiento adecuado. Los estudios demuestran que, después de que los estadísticos aíslan las variables que tienen que hacer con los antecedentes individuales, con el paso del tiempo los inmigrantes mexicanos de primera generación no reducen perceptiblemente la brecha que separa su ingreso de promedio nacional, en contraste con qué sucede con los inmigrantes cubanos o asiáticos.<sup>21</sup> Con el paso de generaciones, se mezcla el equilibrio.

El porcentaje de los niños de origen Mexicano que viven en pobreza disminuye con las generaciones y gradualmente un número más grande alcanza posiciones de alto ingreso de los México-americanos, que en la generación de los inmigrantes. Pero, los niveles de educación de los México-americanos de la tercera generación no sólo no se eleva, sino está levemente por debajo de la segunda generación, mientras que el número de los niños mexicanos-americano que viven en hogares dirigidos por una sola persona aumenta generación tras generación.<sup>22</sup> Dentro de la diáspora mexicana, el proceso de la asimilación se divide en segmentos. Para un número del crecimiento pero de la minoría de los mexicoamericanos que tienen acceso a las oportunidades educativas, en el extremo de la tercera generación la pobreza de la primera generación ha llevado a un estado de la clase media en el cual la pertenencia étnica llega a ser casi simbólica, a donde son inaplicables los rasgos culturales y lingüísticos para la vida diaria y donde el acceso al poder político y económico es afectado por variables sin relación al origen étnico.<sup>23</sup> Pero para la mayoría de los descendientes de inmigrantes mexicanos, el paso simple

de generaciones no garantiza el estatus de clase media que sus antepasados inmigrantes no podían alcanzar. Para muchos México-americanos, la carencia de oportunidades educativas hará a la tercera generación participar en la sociedad americana, tal como lo hacen los negros de clase baja, sintiéndose enajenados de sociedad anglosajona y condenados a la misma baja remuneración y prestigio social que sus antepasados inmigrantes. Lejos de desaparecer, la pertenencia étnica como mexicano del origen, se convierte en un elemento esencial para explicar sus modos de vida, así como una fuente de resistencia y solidaridad étnica hacia el combate a la marginalidad y las expectativas escasas de movilidad ascendente.<sup>24</sup> ¿Cuáles son las consecuencias de la marginalidad socioeconómica para la formación en la identidad de los individuos de origen Mexicano? ¿En qué forma el bajo ingreso colectivo y prestigio social afecta la capacidad de reconocer o de incentivar relaciones con su país de origen?

El examen y la investigación etnográfica entre niños adolescentes de inmigrantes permite hacer comparaciones interesantes del sentido de pertenencia y la formación de la identidad entre la gente joven de origen Mexicano y sus contrapartes de otros grupos nacionales. En una encuesta realizada en 1992 entre estudiantes de las escuelas públicas del sur de California y Florida, de 5.263 niños cubanos, del Nicaraguense, haitiano, vietnamitas y de inmigrantes mexicanos, la gente joven cuyos padres vinieron de México, tenía en promedio los resultados más bajos en las pruebas estandarizadas de matemáticas y lectura, así como el porcentaje más bajo de padres con la educación universitaria. Quizás pues es una consecuencia lógica, de los cinco grupos nacionales, mexicano tenía el porcentaje más alto de la gente joven que no aspira a tener una educación universitaria.<sup>25</sup> En otra encuesta hecha en 1992, de 5.127 niños de inmigrantes (de quienes 757 eran mexicanos) divididos en partes iguales por género y lugar del nacimiento - los Estados Unidos o el exterior - y ubicados en los octavos y novenos grados de las escuelas en San Diego, California y Miami, la Florida, los adolescentes de origen Mexicano llevados en los Estados Unidos tenían (en comparación con la gente joven de origen del cubano, Nicaraguense, Colombiano, haitiano, Jamaiquino, indígenas del oeste, filipinos, vietnamitas, laosianos y camboyanos) la proporción más baja de identificación con la categoría étnica de “americano”: apenas 4 por ciento, comparados con 50 por ciento de los Nicaraguenses, 28.5 por ciento cubanos, y 33.3 por ciento de los camboyanos.

Ni se identificaron como “mexicano” (solamente 8.1 por ciento tan). Algunos, eligieron identidades pan-étnicas o compuestas: 38.8 por ciento dijeron que eran “mexicanos-americanos,” 24.6 por ciento “Chicanos,” 20.6 por ciento “hispanos o latinos,” y 3.5 por ciento “otro.” Este examen encontró una asociación estadística significativa entre la categoría “juventud Chicana” y méxico-americano en secundarias con aspiraciones y logro educativo bajo: Cuanto más bajas son las aspiraciones, mayores son las probabilidades de identificarse como Chicanos. Esto indicaría que una auto-definición de Chicano es una reacción adversaria al proceso de la aculturación, frecuente entre los adolescentes que asisten a las escuelas de la ciudad, en donde la mayoría de los estudiantes se consideran los miembros de una minoría racial-étnica y están menos inclinados a identificarse con lealtades ancestrales de origen nacional.<sup>26</sup> La gente joven de origen mexicano, particularmente la de primera generación (como vietnamitas, camboyanos, y laosianos), alcanzó las cotas más altas de las preguntas dirigidas en medir su compromiso y sentido de la obligación hacia la familia (lo contrario de los valores individualistas). La gente joven mexicana, por ejemplo, estaba menos inclinada

sentirse avergonzada por el origen de sus padres. En cambio, en las escalas que intentaron medir la autoestima, el mexicano (otra vez como inmigrante de la península indochina) obtuvo las marcas peores. Cuando se está preguntado si se habían sentido siempre víctimas de la discriminación, el 65 por ciento de la gente joven de origen Mexicano dijeron que tenían (un porcentaje sobrepasado solamente por el vietnamita y el laosiano, con 67 por ciento y 72 por ciento respectivamente), que corresponde a su propensión baja de identificarse como “americanos.”<sup>27</sup>

No sería exacto asumir que los niños de inmigrantes mexicanos son inmunes a la aculturación o al proceso de asimilación con los cuales los descendientes de los inmigrantes de otras nacionalidades pasan. El hecho que una parte elevada de ellos prefiere ser identificada como el “hispano” o en vez de extranjeros “mexico-americano” o “americano”, no significa que se consideran en su propio país, aún menos de que confundan la lealtad al país del que son parte (los Estados Unidos) con lealtad al país de origen de sus padres (México). Exacto porque su sentido de pertenecer a los Estados Unidos pasa por su pertenencia étnica, la situación más probable es ésa para la mayoría de ellos, decir que son “hispanos,” “latinos,” “mexico-americanos,” o aún el “Chicanos” es una manera legítima y que dice que ellos son “americanos.” Sin embargo, es importante tener presente los esfuerzos de las segundas y terceras generaciones de calificar su identidad como americanos, puesto que delimitan el marco dentro del cual México puede aspirar a animar una identidad diáspórica entre sus emigrantes. Por un lado, debemos reconocer que cuando se desarrollan formas de identidad como minorías étnico-culturales en los Estados Unidos, las comunidades mexicanas y mexico-americanas allí no desarrollan necesariamente una identidad diáspórica con respecto a México: Es posible ser Chicano mientras que se es indiferente a la prosperidad de la patria. Por otra parte, nada evita que los inmigrantes (y particularmente sus descendientes) usen simultáneamente ambos sombreros: uno puede ser parte de una minoría étnica y al mismo tiempo cultivar (de una manera simbólica o verdadera) relaciones con el país de origen ancestral como esencial para su identidad. Por lo tanto, desde la perspectiva de la patria, la pregunta pertinente es: ¿Cómo puede garantizar gobierno mexicano que en la segunda y las generaciones subsecuentes (quién no fue llevado en México y no espera siempre vivir allí), el conocimiento de ser parte, no simplemente de una minoría etno-cultural, sino de la diáspora mexicana en los Estados Unidos?

### **El papel del estado mexicano**

El hecho es que aproximadamente 19 millones de personas de origen mexicano viviendo en los Estados Unidos, no amenazan la supervivencia de los dos estados-nación o de sus soberanías respectivas. El proceso de formar identidad en estas comunidades no es una batalla entre dos estados-naciones, por las lealtades de una población compartida. Ningún sector importante de la comunidad mexico-americano da el abrigo a los propósitos separatistas y, a juzgar por los sondeos de opinión, el deseo de los inmigrantes y sus descendientes de sentirse bien como parte integral de la sociedad americana no puede ser cuestionada.<sup>28</sup> Más que nada, el propósito de analizar las acciones que el estado mexicano puede emprender para contribuir a la supervivencia de la diáspora, no es erosionar la lealtad sentida naturalmente por los niños y los

nietos de los inmigrantes hacia los Estados Unidos, ni parar la asimilación de inmigrantes y de sus descendientes.

De alguna manera, el propósito es encontrar los recursos más eficaces y la estrategia para cultivar en los norteamericanos de la ascendencia mexicana, el deseo de permanecer cerca de sus raíces culturales, los valores y a las tradiciones que proporcionan identidad a quienes se sientan (real o simbólicamente) naturales de México. El proceso de formar identidad es tan complejo que es válido preguntarse si el estado (cualquier estado) puede influenciarlo perceptiblemente.<sup>29</sup> Pues es casi imposible para el gobierno de un país que reciba a inmigrantes para imponerles una lengua oficial por decreto y para requerirle a las comunidades extranjeras olvidarse de su lengua materna, así que puede parecer presuntuoso para el estado de origen, influenciar la forma en que hijos ausentes y sus niños ausentes, forman su identidad como mexicanos en el exterior. En sus esfuerzos de fomentar la identidad de inmigrantes y de sus descendientes en los Estados Unidos, el gobierno mexicano debe distinguir los conflictos importantes para que el impacto posible no se nulo o insignificante. No sería de mérito, por ejemplo, oponerse a la construcción de identidades pan-étnicas en los Estados Unidos. Por las razones políticas especificadas arriba, está en el interés de líderes mexico-americano de establecer lazos más cercanos con organizaciones hispánicas y de líderes de origen no-Mexicano. Lejos de obstruir este proceso natural e inevitable, México debe animar el acercamiento abierto, plural con los líderes hispanos no-Mexicanos. De este modo reconocer que el marco dentro del cual los líderes de origen mexicano, se convierten en políticos en los Estados Unidos (un país caracterizado por una diversidad extraordinaria en pertenencias étnicas, de clase y origen nacional), los requiere para adoptar una definición flexible, no restrictiva, de las lealtades nacionales

Asimismo, en la construcción de una identidad diáspórica, no sería muy útil esperar que los miembros de la diáspora mexicana manifiesten su identidad de acuerdo con los patrones de comportamiento establecidos en la patria, como si hubiera una sola forma, exclusiva de vivir su mexicanidad. La tentación de considerar cada manifestación independiente de la identidad de los mexico-americanos como “desviación” de la cultura mexicana “genuina”, como si fuera falsa o impura, debe ser suprimida. Para promover la idea que la nación mexicana amplía más allá de las fronteras políticas de México, es importante aceptar como legítimas las influencias que los mexicanos “del extranjero” pueden ejercer en los mexicanos “de adentro”, reconociendo su derecho de vivir el sentido de pertenencia a la nación mexicana que han elegido. Así como México puede tener pretensiones de influenciar la formación de la identidad en comunidades mexicanas del exterior, esas comunidades naturalmente pueden influenciar de una manera menos coordinada, la transformación constante de la identidad nacional mexicana, como se muestra en los patrones de la vida importados desde los Estados Unidos, en las regiones de alta emigración en México.

La tarea de cultivar una identidad diáspórica entre inmigrantes y sus descendientes en los Estados Unidos toma tiempo. Por lo tanto, es conveniente distinguir las tareas de acercamiento que se deben desarrollar en un futuro próximo, que se podrían clasificarse como “políticas de gobierno”, de otras cuya maduración puede tomar décadas, o aún generaciones enteras, que

podrían considerarse como “políticas del estado.” Las políticas del gobierno son las tareas de la promoción o del cabildeo que el gobierno mexicano realiza para dar a conocer sus puntos de vista entre comunidades y líderes mexico-americano en los Estados Unidos. Son iniciativas marcadas por las circunstancias y los tiempos particulares que los evocaron. El gobierno mexicano debe comenzar reconociendo que los grupos mexico-americanos actuarán de acuerdo con sus propias consideraciones estratégicas y de interés; no es probable que los compromisos puramente emocionales o no racionales hacia su país de origen por sí mismos afecten la posición de poder de las organizaciones mexico-americanas y de los líderes, respecto a asuntos de interés para México. Dada la naturaleza de las relaciones Estados Unidos -México, conformada por la proximidad geográfica y una agenda en la cual es difícil distinguir entre lo interno y lo externo (en asuntos como inmigración, comercio, empleo y protección del medio ambiente), es difícil esperar que las relaciones entre México y su diáspora se desarrolleen de cualquier otra manera. Los lazos de México con su diáspora deben hacerse a través del otro tipo de políticas, las “políticas del estado.”

Los esfuerzos de México de promover una identidad diaspórica entre sus comunidades de emigrantes implican necesariamente el establecimiento de metas a largo plazo, puesto que el objetivo es influenciar la manera en que la diáspora se percibe a sí misma, después del paso de una generación. El resto de este artículo analizará algunas de las esferas de acción donde los recursos de México pueden tener efectos multiplicadores más grandes, en el entendido de que no todo lo que se promueve cambia las afinidades simbólicas que constituyen la identidad diaspórica entre individuos del origen mexicano.

### **Fomentar identidades**

En contraste con políticas del gobierno, donde objetivo del acercamiento son las élites mexico-americano (puesto que han penetrado los círculos de poder económico y político en sociedad norteamericana), en las políticas del estado, el objetivo es influenciar a los inmigrantes de primera generación y a sus niños (la mayoría de los cuales han nacido en los Estados Unidos) se asimila en sociedad norteamericana. La idea es no obstruir o detener su asimilación, porque esto no es posible; el propósito es fomentar en los mexico-americanos un sentido pluralista de pertenecer a la nación mexicana, sin dejar de reconocer que la mayoría es americanos por elección. Al perseguir sus objetivos, México puede aprovecharse de los recursos que los países de origen de los antiguos migrantes no tenían. Aparte de la revolución tecnológica en comunicaciones, hay hoy una mayor amplitud y tolerancia en las sociedades anfitrionas para esfuerzos de los estados de origen por promover el mantenimiento de la identidad cultural entre sus emigrantes. Desde la segunda mitad de los años 60, en los Estados Unidos un paradigma pluralista, se ha utilizado para explicar relaciones inter-étnicas, para un inmigrante recién llegado, reducir la respuesta al clima del contra-inmigrante sin que necesariamente se deba “llegar a ser americano” tan rápidamente como sea posible.<sup>30</sup>

Los patrones de vida de los inmigrantes también han cambiado cualitativamente. Los autores de la escuela del “transnacionalismo” han precisado una diferencia fundamental entre los inmigrantes hoy y los del pasado, que es la facilidad cada vez mayor con la cual pueden estar

involucrados simultáneamente en la vida política y social de sus comunidades de origen y de sus comunidades de asentamiento. El trabajo de esos académicos destaca los espacios sociales transnacionales creados por la familia y las redes de amistad, en las cuales la migración se basa y subraya las muchas identidades que desarrollan los migrantes mientras que interactúan en el contexto de dos o más naciones.<sup>31</sup>

Es decir que los inmigrantes crean campos sociales de acción que se cruzan con límites nacionales. Los circuitos transnacionales de inmigración se forman como resultado de la circulación de la propiedades, gente e información entre las comunidades expulsoras en regiones de México o de Haití, por ejemplo, y regiones en los Estados Unidos que reciben a inmigrantes. La organización de eventos internacionales de deportes que involucran a los naturales de una sola comunidad y que viven en diversos países, el peregrinaje anual de los *hijos ausentes* a la comunidad de origen por un día de fiesta nacional, y la recaudación de fondos por los paisanos que viven en el exterior, para trabajos de infraestructura en la comunidad de origen son solamente algunos ejemplos de actividades transnacionales. Los autores del transnacionalismo encuentran en ellas evidencia que la vida cotidiana de los inmigrantes no está contenida dentro del espacio geográfico donde viven, sino que perciben un sentido de pertenecer a su lugar del origen y a su lugar de destino.<sup>32</sup>

Estar cerca de esos círculos transnacionales es una manera eficaz de usar los mecanismos naturales de la organización entre paisanos para consolidar su identidad como miembros de la diáspora mexicana. A través de la red de consulados mexicanos y de institutos culturales en los Estados Unidos, México puede estrechar lazos con los líderes de las organizaciones inmigrantes de primera generación, la mayoría de ellas son clubes que agrupan inmigrantes de la misma comunidad de origen.<sup>33</sup> Los cónsules ofrecen a los inmigrantes mexicanos organizados dos disposiciones valiosas. Por un lado, las ayudas del consulado para mantenerse en contacto con el estado y las autoridades municipales de sus regiones de origen, lo que facilita una amplia gama de iniciativas transnacionales de promoción desde la inversión productiva hasta la construcción de infraestructura local en sus comunidades de origen. Por otra parte, el consulado puede organizar eventos que refuerzan la solidaridad entre emigrantes de la misma comunidad, apoyándolos en sus competencias deportivas, ayudándolos a negociar con autoridades locales, o asistiéndolos con recursos institucionales, cuando un miembro de las comunidades enfrenta problemas legales o administrativos (procesar documentos de viaje para ir a México y ofreciendo consejo sobre la personalidad jurídica de un pariente encarcelado).<sup>34</sup> Reconociendo a los migrantes como portavoces válidos y regresando sus esfuerzos autónomos en la organización, los cónsules atraen a las comunidades inmigrantes hacia las organizaciones mexico-americanas, con las cuales también tienen contacto y diálogo continuo. En muchas ciudades de Estados Unidos, sin la ayuda del cónsul, sería difícil que los líderes hispánicos identificaran a los líderes inmigrantes con arraigo en la comunidad.

De un modo u otro, los inmigrantes obtienen la prueba de lo que más valoran: el reconocimiento oficial de su país de origen, de su derecho de pertenecer a sus comunidades y al país. Los cónsules representan solamente el vínculo en una cadena que implica tanto a las agencias de estatal federal que contribuyen recursos para patrocinar la cooperación

internacional de México con su diáspora y, por el otro, las autoridades de sus estados y las ciudades del origen, algunas de las cuales invierten en el estado y la ciudad, financian para desarrollar su propia estrategia de relaciones más cercanas.<sup>35</sup> Se puede pensar que el alcance del trabajo con los clubes de inmigrantes es limitado por dos razones: primero, porque solamente una minoría de emigrantes participa en ellos; en segundo lugar, porque los clubes pueden crear la impresión falsa que hay un sentido diaspórico en la comunidad, cuando no sobrepasa realmente los límites de la generación inmigrante, un grupo que en todo caso esté conectado naturalmente con su patria. Con respecto a la primera observación, la experiencia de los mexicanos en los Estados Unidos no es diferente de la de otras diásporas.

Ni las diásporas más tradicionales protegen lo más celosamente posible a sus propios miembros ni todos tienen la misma identificación con la causa diaspórica. Los militantes de confianza son siempre una minoría, lo que no evita que hablen en nombre de la comunidad entera a los grupos dominantes de la sociedad. Incluso comunidades como los de judíos ortodoxos, Mennonitas canadienses, o mixtecos del estado mexicano de Oaxaca, la posición de la minoría de los activistas identificados con el concepto de diáspora, no los sustrae de atraer la atención o de generar la ayuda económica de un sector numeroso de su comunidad étnica. En el largo plazo, pueden tener impactos mutuamente que refuerzan considerables, primeros, en la manera en que la comunidad se percibe y, segundo, en la manera en que la sociedad anfitriona la percibe. “Saber manejar este juego del espejo es una de las habilidades más importantes de la dirección diaspórica.”<sup>36</sup>

La segunda observación es más difícil de refutar categóricamente. En el estudio de circuitos migratorios transnacionales, la pregunta fundamental es si las identidades de pertenencia generadas en esos circuitos desaparecerán después de la generación inmigrante. ¿Son las identidades fenómenos temporales o transformaciones más profundas que afectarán a descendientes de los inmigrantes actuales? Es innegable que los inmigrantes sienten vínculos más sólidos de identidad con el país de origen en comparación con sus niños y nietos nacidos en o llevados a los Estados Unidos. Sin embargo, sigue siendo prematuro saber si los lazos con organizaciones inmigrantes y clubes tienen un efecto significativo en la generación siguiente.

Los clubes de paisanos mexicanos han existido siempre, pero han crecido desde el episodio suscitado por la Ley Simpson-Rodino de 1986, cuando más de 2 millones de mexicanos regularizaron su estado migratorio, saliendo de la vida clandestina a la cual su situación indocumentada los condenaba. Además, el esfuerzo sistemático de México por cultivar lazos con este segmento de la comunidad organizada, data apenas del principio de los años noventa. La respuesta a la pregunta sobre la durabilidad de los lazos creados entre México y su diáspora a través de trabajo con los clubes depende en gran parte de las expectativas sobre los resultados de tales políticas. Si se espera que México cultive entre los mexico-americanos de segunda generación la misma conexión con la patria, que existe en sus padres (medida, por ejemplo, por su dominio de la lengua española), el éxito de las políticas no es muy probable. Pero si la meta es simplemente abrir un espacio de legitimidad para la *mexicanidad* en la generación siguiente, después del acercamiento de México con “Rodinos” (pues se sabe que normalizaron su estado

de inmigración debajo esa Ley), tienen mayor probabilidad de hacer un impacto de largo plazo en las generaciones que vienen.

En contraste con los actuales inmigrantes, que no están acostumbrados a los esfuerzos por el gobierno de México de contribuir al bienestar de sus nacionales en los Estados Unidos, sus niños serán testigos y participantes uniformes en los esfuerzos de la patria de permanecer cerca del diáspora. ¿Cuál será el efecto sobre un niño de saber que el gobernador del estado de su padre del origen invitó a su padre que visitara México para discutir proyectos del interés mutuo, como el representante de su club del comunidad-de-origen (club de paisanos)? ¿Cuál será el impacto en una adolescente llevada a los Estados Unidos para participar en una competencia de belleza que representa a sus padres y siendo coronado por un Cónsul mexicano? ¿Cuál es la influencia en su vida de la invitación como persona joven, ir a México a un encuentro de juventud con la otra gente joven mexico-americana, y agradece el patrocinio del club de paisanos y al gobierno de México?

Aun cuando podemos no poder contestar a estas preguntas completamente, debido a la carencia de la distancia histórica, no está en el interés de México de perder las oportunidades que se presentan hoy. El peso relativo de los inmigrantes de primera generación dentro de la diáspora es hoy inusualmente alto. El desafío es utilizar la proximidad natural que estos inmigrantes sienten hacia el país en donde nacieron, para crear conexiones con las generaciones por venir. El último objetivo debe ser promover la autoestima entre individuos de origen mexicano: para conducirlos a percibir su *mexicanidad*, como fuente de la fuerza y no de la debilidad. La construcción de identidades en los niños de inmigrantes mexicanos es consecuencia del período histórico en el cual sucede, y en ese grado sobrepasa los esfuerzos específicos de establecer acercamientos entre la patria y la diáspora. ¿Desde el punto de vista del país de origen, qué se podría hacer para elevar la autoestima de los adolescentes mexico-americanos hacia la prosperidad y el desarrollo armonioso de México? Es natural contar con que los niños de inmigrantes mexicanos se esfuerzen por mantener una distancia país de sus padres, si su imagen de ella es la de un país subdesarrollado y acosado por problemas. Pero si en sus ojos México es un país unido, orgulloso de su identidad como nación y en una trayectoria sólida de desarrollo, los jóvenes méxico-americanos intentarán asociarse a la imagen de éxito que representa México, como patria.<sup>37</sup>

Sin embargo, no es necesario dejar todo al destino y a las condiciones macro-estructurales que determinan relaciones inter-étnicas en los Estados Unidos o al índice de desarrollo económico en ambos países. Si comenzamos reconociendo que para los inmigrantes, la identidad colectiva es un recurso importante, pues le hace frente a la asimilación, no es inaplicable desear lo que se puede hacer positivamente, para influenciar la definición de tales identidades. “Una identidad estigmatizada puede hacer volver hacia la asimilación, en una transición perjudicial, a menos que los inmigrantes recurran a los repertorios compartidos basados en origen nacional, estado inmigrante o la convicción religiosa. Algunas identidades protegen a los inmigrantes; otros las debilitan transformándolas en minorías étnicas perjudicadas”.<sup>38</sup> México puede desempeñar un papel importante vinculando fuerzas con los líderes méxico-americano para luchar contra los prejuicios y los estereotipos, en la representación de los medios de Estados Unidos, de

comunidades mexicanas-americano. La celebración pública y sistemática de la diáspora en los medios de Estados Unidos y con los líderes no latinos de Estados Unidos (que retratan a sus miembros como gente trabajadora, que contribuyen orgullosos al bienestar de ambos países), es una de las contribuciones más importantes que México puede ofrecer a sus comunidades. La meta es pulir la imagen de las comunidades de origen mexicano en la conciencia de la gente norteamericana. Dado los vínculos profundos entre la imagen de México en los Estados Unidos y la opinión pública de las comunidades de origen mexicano, está claramente en el interés nacional de México de hacerlo.

El trabajo con la generación inmigrante a través de los circuitos transnacionales migratorios eleva la autoestima no sólo entre el mexicano que emigró, sino que también entre sus descendientes. Todo lo que México hace para consolidar en los inmigrantes y sus familias la sensación de pertenecer a una sola comunidad diaspórica tenderá a proveerles de mejores herramientas para alcanzar la asimilación. En efecto, lo que su patria puede ofrecer a los emigrantes mexicanos es capital social. El “capital social es distinto de capital humano, ya que no presupone la enseñanza convencional o las habilidades adquiridas con la instrucción organizada. En su lugar, origina sensaciones compartidas de pertenencia, de confianza y reciprocidad social “. 39

Simultáneamente, las batallas por la identidad se deben dar en otras arenas, no sólo en los clubes de inmigrantes. Puesto que es la institución lo que socializa por excelencia, la escuela americana es un espacio fundamental donde un asistente de México, no sólo anima a los estudiantes de origen mexicano a que permanezcan en contacto con sus raíces y puede también aumentar la capacidad a los estudiantes mexico-americanos de aprovecharse de las oportunidades educativas que se ofrecen en los Estados Unidos. Hay la evidencia muy clara de cómo exactamente con las escuelas que sirven a los turcos en Alemania o a algerinos en Francia, sucede en el sistema educativo americano, tiene problemas serios en levantar los niveles escolares de los inmigrantes estudiantes de origen mexicano.<sup>40</sup> México no puede ignorar de hecho de que su diáspora representa la base de la pirámide social norteamericana. Sería un error asumir que la marginalidad económica y las actitudes discriminatorias que sufrieron las comunidades mexicanas en el servicio a los Estados Unidos, los intereses de su país de origen, que guardan miembros de la diáspora mexicana ajenos de la corriente principal americana. Según lo mencionado previamente, la identidad étnica no es sinónimo de conocimiento diaspórico, y mucho menos cuando es consolidada por sentimientos de aislamiento y marginalidad. Para los Estados Unidos, es beneficioso que México haga que el mexicano prospere en su país adoptivo, sin abandonar observancia de su cultura y tradiciones de origen.

Las iniciativas internacionales de la cooperación de México hacia los mexicanos en el exterior, necesitan tener un contenido social muy fuerte, dada la marginalidad económica de la diáspora. La estrategia integral de acercamiento gana la legitimidad de una serie de políticas sociales en las áreas de la educación, la salud, los deportes, la organización de la comunidad y la promoción cultural, que son realizados por el Programa para las Comunidades Mexicanas en el Exterior a través de la red de los 2 consulados y de veintitrés Institutos culturales. Con los

proyectos que apuntan aumentar la capacidad de las escuelas americanas de servir a los bilingües y estudiantes de habla hispana monolingües (por ejemplo, las estancias temporales de los profesores mexicanos en las escuelas con un déficit de profesores bilingües, la difusión de los programas de larga distancia, basados en los satélites de escuelas secundarias, la donación de libros de textos en español o el entrenamiento de profesores americanos en las materias idiosincrásicas que influencian a estudiantes inmigrantes), el gobierno mexicano puede tener una influencia positiva en la identidad del segunda y las generaciones subsecuentes.

Justo como en el trabajo con organizaciones y clubes de los inmigrantes de primera generación, con los proyectos que promueven la educación de los niños de origen mexicano, México envía el mensaje más importante que puede transmitir a su diáspora, un mensaje de pertenencia y pluralidad: sin importar la lealtad natural que las juventudes más mexicanas y más mexico-americano se sienten hacia el país en donde fueron llevadas, nacieron o que sus padres adoptaron, es legítimo sentirse simultáneamente parte de la nación mexicana. México expresa solidaridad con el mexicano que vive al exterior. A través de la escuela y los portadores dominantes de estos mensajes son los profesores bilingües y los padres.

Para animar un sentido de pertenencia a la nación mexicana entre emigrantes y sus descendientes, es esencial considerar qué tipo de membresía se les ofrece. La reforma constitucional que permite la adquisición voluntaria de otra ciudadanía sin pérdida de nacionalidad mexicana, es el punto de partida para una discusión que ha comenzado apenas en México. El crecimiento y la consolidación de los programas del gobierno, como el Programa Paisano, creados en 1989 para combatir la extorsión, el abuso de la autoridad y los procedimientos administrativos pesados que el mexicano que vive al exterior ha sufrido con frecuencia cuando vuelven temporalmente, da contenido concreto al sentido de pertenencia que el gobierno mexicano promueve en el exterior. Pero hay muchas otras iniciativas que apenas están comenzando a ser discutidas en México.

¿Cómo se debe incluir el estudio de los problemas de mexico-americanos en escuelas mexicanas? ¿Qué tipo de tratamiento preferencial se puede dar al inversionista extranjero que es mexicano de origen? ¿Cómo la vida del mexicano en el exterior, debe incorporar formalmente los procesos electorales mexicanos? Si sobrevive la sensación diáspórica no depende exclusivamente del gobierno mexicano. El mantenimiento de las organizaciones de la comunidad que favorecen la solidaridad entre generaciones, entre el mexicano y los inmigrantes méxico-americanos o que consolidan una ideología diáspórica, no puede ser una tarea sola del gobierno mexicano; es también responsabilidad de las comunidades y, particularmente, de líderes mexicanos-americano. Porque una preocupación importante de los líderes mexico-americanos en su relación con México, es mantener su independencia y protegerse contra las acusaciones de deslealtad a los Estados Unidos, una condición indispensable para el éxito de estos esfuerzos, es respetar esa distancia y no fingir que México provee lo qué solo puede venir de la comunidad misma del emigrante.

## Conclusión

Este artículo repasa los factores que obstruyen la consolidación de una identidad diáspórica entre comunidades mexicanas en los Estados Unidos: la carencia de un desarraigo fundacional o de una ideología relacionada con la condición de “gente dispersada”; la estructura de oportunidades para que las minorías étnicas en ese país, se favorezcan con identidades panétnicas; desdén hacia los emigrantes en México; y relaciones bilaterales que animan a las organizaciones mexico-americanas para que actúen en base a consideraciones racionales, antes que a motivaciones emocionales. Pero, agradece a la revolución tecnológica, la tolerancia en los Estados Unidos por el principio de la diversidad étnica, a la consolidación de los circuitos migratorios transnacionales que dan a los inmigrantes un sentido de pertenecer simultáneamente a dos comunidades, y a los recursos institucionales que el gobierno mexicano tiene hoy, es factible para que la patria desarrolle una estrategia para estrechar lazos que promueven una identidad diáspórica entre los mexicanos y mexico-americanos en los Estados Unidos, dirigida a elevar la autoestima basada en su *Mexicanidad*. En sus esfuerzos de crear una identidad colectiva que consolide a inmigrantes e indirectamente a las generaciones por venir, México debe dar prioridad al trabajo con los medios de Estados Unidos, con los circuitos migratorios transnacionales y con las escuelas norteamericanas. En fomentar la identidad de inmigrantes y de sus descendientes en los Estados Unidos, el gobierno mexicano debe distinguir y concentrarse en las luchas en las cuales tenga un papel significativo por jugar. Para México, el último objetivo de apretar lazos, no debe ser parar la aculturación de mexico-americanos, ni aspirar a crear una situación donde, como sucede con otros países, consideraciones referentes a la patria se prefieren por encima de los cálculos estratégicos, racionales, auto interesados de los miembros de la diáspora. En el largo plazo, el objetivo debe solamente ser el ganar un espacio de la legitimidad, que coloque las relaciones entre México y su diáspora en una plataforma diferente, donde los esfuerzos del estado mexicano por mejorar los estándares de vida de las comunidades en el exterior o de generar la ayuda entre su diáspora para el desarrollo de la patria, se perciben como consecuencia lógica de la sensación de pertenecer a la nación mexicana, sentida por los que sean mexicanos por herencia.

El análisis realizado asume que el concepto de la nación mexicana no es exclusivo. Porque el proceso de formar identidad entre los jóvenes americanos que son descendientes de inmigrantes mexicanos es complejo y multifacético, está lejos de ser un juego de suma-cero, según el cual los lazos que esta gente joven puede tener con el país de origen de sus padres, socava los lazos que debe tener con su país de nacimiento. No hay razones válidas de asumir que los esfuerzos de cultivar una identidad diáspórica en las comunidades de emigrantes, deben crear rivalidad entre el estado de origen y el de recepción.<sup>41</sup> En el caso de México, las políticas para estrechar lazos se deben ver como un esfuerzo de cooperación internacional que contribuye a elevar el estándar de vida de los mexicanos en los Estados Unidos (e indirectamente, que de la sociedad americana en general) y a facilitar la adaptación de los inmigrantes y de sus niños a la sociedad norteamericana. Mientras que los mexico-americanos son un punto de unión entre dos sociedades, cuanto más cercanos están a México, mayor será la probabilidad de que serán una voz de moderación que ablanda los prejuicios contra sociedad americana en sociedad mexicana. Al igual que muchos otros países con poblaciones significativas de emigrante (como Canadá, las Filipinas, Colombia, la República Dominicana, Italia, Irlanda y El Salvador), México no busca la exclusividad de su nacionalidad como manera de establecer soberanía sobre la gente de origen mexicano. Como muchos otros países, México ahora reconoce que

esperar una lealtad indivisible con ciudadanía unitaria de su población emigrante, no está en su mejor interés.<sup>42</sup>

La reforma 1997 de la ley de la nacionalidad en México demostró la buena voluntad de romper con las tradiciones culturales e históricas profundamente arraigadas, y de adaptarse a las realidades de un mundo que cambia. Este cambio de política no estaba libre de costos. Por los lazos que fomentaban con las comunidades mexicanas en el exterior, las políticas de acercamiento han cambiado el concepto de membresía a la nación mexicana para el mexicano de ambos lados de la frontera. En sus esfuerzos por cultivar un sentido de pertenencia para su población emigrante, el gobierno ha abierto una clase de la *caja de Pandora*, puesto que esos mismos inmigrantes cuya organización apoya, pueden estar cada vez más dispuestos a articular sus intereses y movilizar independientemente la ayuda de ambos gobiernos. Sus demandas harán más y fluido el sistema político mexicano, y dado que no hay consenso en México sobre los términos exactos de la membresía que se debe ofrecer a la gente de ascendencia mexicana. Pero no es posible regresar el reloj. Aunque no mucha gente en México está enterada de esto, en los años que vengan la influencia que el mexicano "del exterior" ejercitará en la identidad del mexicano "del interior", será tan importante como, o más importante, que otras influencias.

#### Notes

<sup>1</sup> According to a study sponsored by the governments of Mexico and the United States, in 1996 the Mexican-born population living in the United States was 7 – 7.3 million, of whom 4.7 – 4.9 million were legal residents and the rest undocumented or illegal. Of the legal residents, barely 500,000 were naturalized as American citizens. See Binational Study on Migration, *Migration between Mexico and the United States: Binational Study* (Mexico City, 1997), 7. U.S. Department of Commerce, Census Bureau, *March 1997, Current Population Survey*, "Country of Origin and Year of Entry into the U.S. of the Foreign Born, by Citizenship Status: March 1997" (Washington, 1997) [[http://www.bls.census.gov/cps/pub/1997/for\\_born.htm](http://www.bls.census.gov/cps/pub/1997/for_born.htm)]. In this essay, *first-generation* refers to people born abroad who emigrate to the United States. *Second-generation* and similar terms refer to descendants of those immigrants who were born in the United States. Milton Esman, "Diasporas and International Relations," in *Modern Diasporas and International Relations*, ed. Gabriel Scheffer(London, 1986), 333.

<sup>2</sup> For a historical review, see María Rosa García Acevedo, "Return to Aztlán: Mexico's Policies toward Chicanas/os," in *Chicanos / Chicanas at the Crossroads*, ed. David R. Maciel and Isidro Ortiz (Tucson, 1997), 130 – 41. Presidencia de la República, *Plan nacional de desarrollo, 1995 – 2000* (Mexico City, 1995); Instituto Federal Electoral, *Informe final que presenta la Comisión de Especialistas que estudia las modalidades del voto de los mexicanos residentes en el extranjero* (Final report presented by the Commission of Specialists studying a system of voting for Mexicans living abroad) (Mexico City, 1998). For the official brochure of the Program for Mexican Communities Abroad, see Secretaría de Relaciones Exteriores, *Programa*

*para las Comunidades Mexicanas en el Extranjero / Program for Mexican Communities Abroad* (Mexico City, 1998).

<sup>3</sup> Secretaría de Relaciones Exteriores, *Programa para las Comunidades Mexicanas en el Extranjero: Informe de actividades 1998 y proyectos 1999* (Program for Mexican Communities Abroad: Report on activities in 1998 and projects for 1999) (Mexico City, 1999).

<sup>4</sup> For a more detailed analysis of this point, see Carlos González Gutiérrez, "Decentralized Diplomacy: The Role of Consular Offices in Mexico's Relations with Its Diaspora," in *Bridging the Border: Transforming Mexico-U.S. Relations*, ed. Rodolfo O. de la Garza and Jesús Velasco (Lanham, 1997), 49 – 57.

<sup>5</sup> Alene H. Gelbard and Marion Carter, "Characteristics of the Mexican-Origin Population in the United States," in Instituto Nacional de Migración, *The Contribution of the Mexican Immigrants to the Society of the United States of America* (Mexico City, 1997), 39. The Simpson-Rodino Act broke the "illusion of impermanence." The regularization of the migratory status of more than 2 million Mexicans helped the homeland, the host land, and the diaspora to recognize that many Mexican immigrants would live permanently in the United States. See Carlos González Gutiérrez, "The Mexican Diaspora in California: The Limits and Possibilities of the Mexican Government," in *The California-Mexico Connection*, ed. Abraham Lowenthal and Katrina Burgess (Stanford, 1993), 225.

<sup>6</sup> Rubén G. Rumbaut, "The Crucible Within: Ethnic Identity, Self-Esteem, and Segmented Assimilation among Children of Immigrants," *International Migration Review*, 28 (Winter 1994), 748 – 94.

<sup>7</sup> Yossi Shain, "Marketing the Democratic Creed Abroad: U.S. Diasporic Politics in the Era of Multiculturalism," *Diaspora*, 3 (Spring 1994), 86.

<sup>8</sup> Robert Smith, "De-territorialized Nation Building: Transnational Migrants and the Re-imagination of Political Community by Sending States," occasional paper no. 47, delivered at the Center for Latin American and Caribbean Studies, New York University, 1993 (in the possession of Carlos González Gutiérrez); Robert Smith, "Reflexiones sobre migración, el estado y la construcción, durabilidad y novedad de la vida transnacional" (Reflections on migration, the state, and the construction, persistence, and newness of transnational life), in *Fronteras fragmentadas* (Shattered frontiers), ed. Gail Mummert (Morelia, 1999), 32.

<sup>9</sup> Khachig Tololyan, "Rethinking Diaspora(s): Stateless Power in the Transnational Moment," *Diaspora*, 5 (Spring 1996), 5 – 18, esp. 6.

<sup>10</sup> Juan Gómez Quiñonez, *Chicano Politics: Reality and Promise, 1940 – 1990* (Albuquerque, 1990), 5.

<sup>11</sup> There were approximately 80,000 Mexicans in the ceded territories. See Nicolás Kanellos, *The Hispanic Almanac* (Detroit, 1994), 82. At that time Mexico was a budding republic, and the identity of the communities in the annexed territories was being formed. In less than forty years, residents were, successively, subjects of Spain, citizens of the new Mexican republic,

and foreigners in their own land. The majority were descendants of Spanish Mexican settlers from inside Mexico, a country from which they were now separated by a poorly patrolled border.

<sup>12</sup> In 1975 the United States Congress amended the Voting Rights Act of 1965 to recognize people of Asian and Hispanic origin as linguistic minorities that have been victims of systematic racial discrimination and therefore subject to the same protection that the law grants to blacks. Thanks to this amendment, state legislatures have designed electoral districts that virtually assure election of Mexican American candidates. See Peter Skerry, *Mexican-Americans: The Ambivalent Minority* (New York, 1993), 330.

<sup>13</sup> Gregory Jusdanis, "Culture, Culture Everywhere: The Swell of Globalization Theory," *Diaspora*, 5 (Spring 1996), 149; Joane Nagel, "The Political Construction of Ethnicity," in *Majority and Minority: The Dynamics of Race and Ethnicity in American Life*, ed. Norman R. Yetman (Boston, 1991), 78.

<sup>14</sup> Nagel, "Political Construction of Ethnicity," 77. This does not mean that ethnic categories are by definition mutually exclusive. For some people, to be "Hispanic" is a legitimate and useful way to conceive of themselves as "American."

<sup>15</sup> Josefina Zoraída Vázquez and Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos: Un ensayo histórico* (Mexico face to face with the United States: A historical essay) (Mexico City, 1982), 2; Roger Díaz de Cossío, Graciela Orozco, and Esther González, *Los Mexicanos en Estados Unidos* (Mexicans in the United States) (Mexico City, 1997), 287. Some authors also emphasize a class problem. The political and intellectual elite of Mexico's large cities fed with class prejudices their criticisms of emigrants, especially when they were perceived as rural workers with low levels of education and income. See Gómez Quiñonez, *Chicano Politics*, 202 – 4; and José Antonio Burciaga, *Drink Cultura: Chicanismo* (Santa Barbara, 1993), 50.

<sup>16</sup> García Pelayo and Ramón Gross, *Pequeño Larousse Ilustrado 1994* (The small Larousse illustrated dictionary, 1994) (Mexico City, 1993), 817; Richard Rodríguez, *Hunger of Memory: The Education of Richard Rodriguez* (1982; New York, 1988), 29.

<sup>17</sup> David R. Maciel, *El bandolero, el pocho y la raza: Imágenes cinematográficas del chico* (The highwayman, the "pocho," and the race: Film images of the Chicano) (Mexico City, 1994), 47 – 75.

<sup>18</sup> Of those questioned, 27% responded "good" or "very good," 23% "neither good nor bad," 3% "don't know" or "did not answer." If the poll had been taken in states with a tradition of high emigration (such as Zacatecas, Jalisco, or Michoacan), the results would have been different. In the same poll, to the question "What is it that you dislike most about the United States?," the most popular answer was "discrimination / racism" with 51%, followed by "you dislike nothing" (10%), "its government wants to dominate other countries" (10%), "drugs / crime" (4%), "they think they are better / superior" (4%). See "Visión de hoy; 1847: La guerra con Estados Unidos" (Today's opinion; 1847: The war with the United States), *Enfoque* (Mexico City), Sept. 14, 1997, p. 14. It is interesting to contrast the answers to the two questions. Perhaps the relatively negative opinion of Mexicans who seek work in the United States does

not prevent Mexicans "inside Mexico" from repudiating discriminatory acts that Mexicans "outside" are victims of. In other words, the lack of understanding of migration does not necessarily create indifference to the fate of immigrants in the United States, which would explain the attention that the mass media and Mexican public opinion give, for example, to news of human rights violations against migratory workers or to cases of Mexican prisoners sentenced to death in the United States. Repudiation of discrimination against people of Mexican origin in the United States may be a source of national unity in Mexico. See González Gutiérrez, "Decentralized Diplomacy," 55.

<sup>19</sup> Rodolfo de la Garza and Louis Desipio, "Interests Not Passions: Mexican American Attitudes toward Mexico and Issues Shaping U.S.-Mexico Relations," *International Migration Review*, 32 (Summer 1998), 406 – 13. Even the foreign policy initiatives involving Mexico that Mexican American leaders have adopted relate to struggles for power in the American political system. After all, involvement in international affairs is a way of surpassing the strictly local sphere and acquiring more status as an ethnic pressure group nationally. As in other diasporas, Mexican American leaders and organizations have used political causes in their country of origin to mobilize support in the community and gain power in the American system. The clearest example is that of Afro-Americans who, having no single country of origin, have identified the entire African continent as their ancestral land, successfully encouraging the participation of black communities in the struggle to end apartheid in South Africa. See Yossi Shain, "Ethnic Diasporas and U.S. Foreign Policy," *Political Science Quarterly*, 109 (Winter 1994 – 1995), 813; and Patricia Hamm, "Mexican-American Interests in U.S.-Mexico Relations: The Case of NAFTA," 1997, working paper no. 4, Center for Research on Latinos in a Global Society, University of California, Irvine (in the possession of González Gutiérrez), 25.

<sup>20</sup> Nina Glick Schiller, Linda Basch, and Cristina Blanc-Szanton, *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered* (New York, 1992), 16. In 1994, the percentage of adults over twenty-five who had completed high school was 81% for the American population, 47% for Mexican-origin individuals, and 29% for Mexican immigrants. In 1993 the percentage of individuals living in poverty was 15% for the American population, 32% for Mexican-origin individuals, and 36% for Mexican immigrants. See Gelbard and Carter, "Characteristics of the Mexican-Origin Population in the United States," 46.

<sup>21</sup> For a comparative analysis of this evidence, see Alejandro Portes and Rubén Rumbaut, *Immigrant America: A Portrait* (Berkeley, 1990), 82 – 83.

<sup>22</sup> Gelbard and Carter, "Characteristics of the Mexican-Origin Population in the United States," 61. In 1990, 44% of first-generation Mexican-origin children lived in poverty, compared to 32% of the second and 28% of the third generations. However, in that year, 39% of third-generation Mexican-origin children lived in single-parent homes, compared with 19% of the first generation and 23% of second. See *ibid.*, 42 – 43.

<sup>23</sup> Alejandro Portes, "Introduction: Immigration and Its Aftermath," *International Migration Review*, 28 (Winter 1994), 635.

<sup>24</sup> Rumbaut, "Crucible Within," 754. The options presented to a new immigrant will vary depending on such factors as his geographical location, differentiation in the group he belongs to, and the contact with social networks. To illustrate this point, the typical Cuban immigrant is often compared with the typical Mexican immigrant. While the first joins "an immigrant enclave economy," in which he benefits from factors such as governmental policies that assist him in establishing himself, a critical mass of exiled Cuban businessmen, high expectations regarding possibilities of self-employment, and high levels of ethnic concentration in the south of Florida, the latter is part of a labor migration, not very differentiated internally, with scant resources for facing the adjustment process, with expectations of manual labor, and with high levels of concentration in zones of extreme poverty. See Portes and Rumbaut, *Immigrant America*, 83 – 93; and Patricia Fernández-Kelly and Richard Schaufler, "Divided Fates: Immigrant Children in a Restructured U.S. Economy," *International Migration Review*, 28 (Winter 1994), 666.

<sup>25</sup> Of the Mexicans, 39% did not aspire to study beyond high school, in comparison with 23% of Vietnamese, 21% of Nicaraguans, 18% of Cubans, and 16% of Haitians. See Fernández-Kelly and Schaufler, "Divided Fates," 679.

<sup>26</sup> Rumbaut, "Crucible Within," 764. Among children of Mexican immigrants born abroad now living in the United States, 41.2% identify themselves as "Hispanic or Latin," 36.2% as "Mexican," 16.3% as "Mexican-American," 3.7% as "Chicano," and 2.7% as "Other." *Ibid.*, 782.

<sup>27</sup> Low self-esteem is associated with birth in the United States. Children of immigrants born abroad but now living in the United States have higher levels of self-esteem. Likewise, a statistically significant association was found between having been placed in a classroom for students with limited English proficiency and having low levels of self-esteem. See *ibid.*, 768 – 75, 783 – 84.

<sup>28</sup> Milton Esman, "The Political Fallout of International Migration," *Diaspora*, 2 (Spring 1992), 21 – 22; de la Garza and Desipio, "Interests Not Passions," 401 – 22.

<sup>29</sup> Maud Mandel, "One Nation Indivisible: Contemporary Western European Immigration Policies and the Politics of Multiculturalism," *Diaspora*, 4 (Spring 1995), 94. It is unclear how the American social fabric will evolve. According to 1990 census data, the proportion of Hispanics married to non-Hispanics was 25% for Cubans, 28% for Mexicans, 35% for Puerto Ricans, and 44% for other Hispanics (these figures omit marriages between Hispanics of different national groups). Seemingly, the number of interracial marriages continues to increase, which will gradually dissolve the "pure" identities based on national origins and will encourage the appearance of "mixed" identities that will undercut the validity and significance of current schemes of ethnic differentiation. See Rumbaut, "Crucible Within," 751.

<sup>30</sup> Smith, "Reflexiones sobre migración," 23 – 24.

<sup>31</sup> Linda Basch, Nina Glick Schiller, and Cristina Blanc-Szanton, *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation States* (Amsterdam, 1994), 4 – 10.

<sup>32</sup> Luin Goldring, "Blurring Boundaries: Constructing Transnational Community in the Process of Mexico-U.S. Migration," *Research in Community Sociology*, 6 (1996), 74.

<sup>33</sup> The work of the Mexican consulates with the migratory transnational circuits is not exclusively with the formal leaders of Mexican clubs, although those are the main interlocutors. It also involves contact with leaders who might exercise influence over their paisanos for other reasons, such as their earlier arrival in the United States; recognition of their families' ancestry in the community of origin; their closeness to the parish priest or the spiritual leaders of the community; their control over sports leagues or organizations; or their prosperity and self-employment possibilities. Especially for owners of small businesses directed to an ethnic clientele, relations with the consuls become intense due to the social function of the self-employed in accommodating other members of the community. See Luis Eduardo Guarnizo, "De migrantes asalariados a empresarios trasnacionales: La economía étnica mexicana en Los Angeles y la trasnacionalización de la migración" (From wage-earning migrants to transnational entrepreneurs: The Mexican ethnic economy in Los Angeles and the transnationalization of migration), *Revista de Ciencias Sociales* (Rio Piedras), 2 (Jan. 1997), 188 – 89.

<sup>34</sup> Carlos González Gutiérrez, "La organización de los inmigrantes mexicanos en Los Angeles: La lealtad de los oriundos," (The organization of Mexican immigrants in Los Angeles: The loyalty of the native-born), *Revista Mexicana de Política Exterior* (Mexico City) (no. 46, Jan. – March 1995).

<sup>35</sup> The states that have offices for Mexicans abroad are: Guanajuato, Mexico State, Jalisco, Michoacan, Morelos, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosi, and Zacatecas. Other states sponsor projects to strengthen ties (particularly in the area of education, by sending teachers from their states to do professional practice). Among them are Baja California, Coahuila, Durango, Hidalgo, Guerrero, Nayarit, Nuevo Leon, Tamaulipas, and Veracruz. See Secretaría de Relaciones Exteriores, *Programa para las Comunidades Mexicanas en el Extranjero*.

<sup>36</sup> Tololyan, "Rethinking Diaspora(s)," 19.

<sup>37</sup> "I am convinced that Mexico's success will benefit Hispanics in the United States too, and I know for sure that the stronger you get in economic and political terms here in the us, the better Mexico's image will be," said President Ernesto Zedillo at the National Council of La Raza annual meeting, in Chicago, July 23, 1997. See Ernesto Zedillo, "Admiramos lo que las comunidades hispanas han logrado para hacer valer principios" (We admire what Hispanic communities have achieved to make principles count), *El Nacional* (Mexico City), special supplement, Aug. 4, 1997, p. v. The same can be said inversely: the more prosperous and powerful Mexican communities in the United States are, the greater the prestige that their country of origin will ascribe to them. And, since the American political system imposes on ethnic groups a moral obligation to promote a democratic creed in their respective homelands (at the risk of losing internal legitimacy if they refrain from doing so), the growing competition between political parties in Mexico will contribute to tightening ties with the Mexican American elite. See Shain, "Ethnic Diasporas and U.S. Foreign Policy," 813.

<sup>38</sup> Fernández-Kelly and Schauffler, "Divided Fates," 663.

<sup>39</sup> *Ibid.*, 669.

<sup>40</sup> Esman, "Political Fallout of International Migration," 21 – 22.

<sup>41</sup> Charles King, "Conceptualizing Diaspora Politics: Nationalism, Transnationalism, and Post-Communism," paper delivered at the annual meeting of the American Political Science Association, Washington, Aug. 1997 (in the possession of González Gutiérrez), 6.

<sup>42</sup> T. Alexander Aleinikoff, *Between Principles and Politics: The Direction of U.S. Citizenship Policies* (Washington, 1998), 25.